

Para no mezclar lo humano con lo divino —que es «género de mezcla de que no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento», dijo Cervantes— copiemos, en párrafo aparte y primero, las palabras de la Biblia, y dediquemos un segundo a los comentarios humanos.

Después de que el sumo sacerdote Aarón haya purificado tabernáculo y altar, ofrezca chivo viviente, y puestas en ambas manos sobre su cabeza, confiese todas las iniquidades de los hijos de Israel y todos sus delitos y pecados, e, imprecándolos sobre la cabeza del chivo, lo enviará, con hombre preparado para ello, al desierto.

Y habiéndose el chivo llevado todas sus iniquidades a tierra solitaria, enviándolo al desierto, volverá Aarón al tabernáculo del testimonio... Mas el que se llevó al chivo emisario, lavar sus vestiduras y cuerpo con agua, y así volverá al campamento (Levítico, cap. 16, v rs. 20-2).

«Al día siguiente vio» —Juan el Bautista— «que Jesús se dirigía hacia él, y dijo: He aquí al corde ro de Dios que quita los pe ad s del mundo» (Evangelio de S. Juan, cap. I, vers. 29).

II *Comentarios humanos*

No salimos de animales y pecados. Una vez los pecados de todo un pueblo afluyen en un chivo; el pueblo queda limpio de pecados, y el chivo muere despeñado.

Otra vez, un cordero carga con todos los pecados del mundo. Queda limpio el mando. Y el cordero termina crucificado.

Convengamos en que estos procedimientos de limpiar a pueblos y a mundo de sus pecados —que no son ni pocos ni pequeños— son cómodos para el individuo; nada de confesión individual y penitencias. Mas, incómodos para chivo y cordero. Incómodos e injustos.

No sólo la tierra da una vez por año vuelta al derredor del sol; la historia da también sus vueltas. Lo que fue un rito simbólico vuélvese categoría histórica, por ello de universal aplicación: constituir a personas individuales y a personas sociales en chivos expiatorios, unas veces; y en corderos de Dios, otras.

Pero afirmemos, desde ahora, que «chivo» y «cordero» son categorías de pueblos subdesarrollados, de pueblos cuyos individuos sean incapaces, por falta de personalidad, de atreverse a cargar cada uno con su cruz, cada uno con su responsabilidad.

También a pueblos, políticamente desarrollados, puede acontecerles necesitar, algunas veces, «chivos» y «corderos» —chivos expiatorios y corderos de Dios. Mas el número de corderos de Dios y de chivos expiatorios es índice de la inestabilidad de su desarrollo.

Hay quien se cree ser «cordero de Dios» que quita los pecados de su mundo —ese «quién» puede serlo individuo o partido, y hasta nación entera. Pero, en rigor, sólo ha habido un cordero de Dios, que fue Cristo. Nadie ya, ni individuo ni partido ni nación cristiana, puede pretender al título categorial de «cordero de Dios». Fuera usurpación sacrilega e inoperante.

Y llegaría a su colmo la usurpación si los tales «corderos de Dios» que quitan los pecados de su pueblo, lejos de

terminar su vida crucificados, se creyeran con derecho, histórico o divino, a reinar de por vida.

Aparte de la inmodestia de creerse «corderos», nada menos que de Dios —del Dios cristiano.

La categoría de «cordero de Dios» —categoría de subdesarrollo teológico— va indisolublemente unida con la producción de «chivos expiatorios».

¿Qué hombre, individual o social, puede creerse «cordero de Dios» sin haber descargado previamente en otro todos sus de él bien conocidos pecados, o los de su partido, institución o nación? Esta purificación previa —para quedarse limpio ante sí y ante la sociedad— crea el «cordero», o se cree que lo crea, y pretende que los otros lo crean; crean que hay «hombres» que son ya «corderos de Dios». Los otros, algunos o alguno: individuo o institución, partido o nación, resultan «chivos» que cargarán con todos los pecados pasados, presentes y futuros de los «corderos de Dios».

Los corderos de Dios necesitan de los chivos expiatorios —y los crean.

De la cantidad de tales «chivos y corderos» no lleva cuenta ningún ministerio de Agricultura y Cría; llévala la historia y empléala cual índice para determinar la estabilidad del desarrollo o el grado de subdesarrollo político de individuos y pueblos.

El chivo expiatorio del Antiguo Testamento terminaba despeñado; el cordero de Dios, del Nuevo, terminó crucificado.

La categoría histórica completa es, pues, dual: chivo-muerte, cordero-muerte. Matar al chivo; morir el cordero.

Si creamos «chivos», hemos de tener la valentía de matarlos solemne y oficialmente; si nos creemos «corderos», hemos de tener la valentía de morir.

Lo demás es cobardía histórica y, como la historia es la vida de los pueblos e instituciones, tal cobardía afecta a su tenor de vida: desarrollo, subdesarrollo.